



CAPÍTULO IV

La provincia de Huelva bajo el dominio de los musulmanes; — Batalla de Niebla y derrota de los sevillanos; — política de Al-Motadhid; — Al-Modhaffar de Badajoz y Fath-ibn-Jaláf de Niebla; — conquista de Niebla por Al-Motadhid; — Abú-l-Mossáb de Huelva entrega su reino; — se refugia en la isla de Saltés; huye á Córdoba; — los almoravides en Niebla; — sangrienta conquista de Niebla por los almohades; — invasiones de los portugueses en territorio de la provincia de Huelva; — cerco de Niebla por el príncipe don Sancho; — declárase Niebla independiente, proclamando soberano á Xayb-ben-Mohámmad-ben-Mahfóth.

QUATRO años de paz, después de los sucesos referidos, disfrutaban con Niebla aquellos lugares occidentales de la Bética en que se hallaban establecidos y predominaban desde los días de la invasión los yemeníes, y en que era obedecida la voz de Fath-ibn-Jaláf-ibn-Yahya Al-Yahssobí, su soberano y dueño, — cuando recru-

decida de nuevo la guerra de exterminio, desde antiguos tiempos declarada entre árabes y bereberes, lograba con efecto Al-Modhaffar de Badajoz constituir la liga que amenazaba para siempre hundir en el abismo las aspiraciones y las esperanzas de los Abbaditas, y con ellas las del partido cuya representación se habían éstos audazmente arrogado.

En balde, como mediador, se interponía Abú-l Gualid-ibn-Chahuár, presidente de la república de Córdoba desde 1043; exacerbados los rencores de raza, nunca olvidados, y reavivados con imponente y sangriento aparato durante los pasados días de trastornos que suceden á la muerte de Mohámmad-ibn-Abi-Amér Al-Manzor, en los de Suleymán y Mohámmad II, y en aquella larga, repugnante y vergonzosa agonía con que volvía á la nada la artificial unidad política, con tanto esfuerzo conservada por los Omeyyas,—hacíase ya de todo punto imposible ninguna forma de concordia y de avenimiento, sonada la hora quizás en que debía decidir la suerte respecto de la de cada una de las dichas razas en España.

Acordado estaba el momento en el cual, reuniendo sus tropas los régulos de Badajoz, de Niebla, de Granada, de Málaga y de Algeciras, debían caer como avalancha incontrastable sobre el reino de Sevilla, destruyendo á su paso cuanto hallaren; pero la fortuna, que había vuelto las espaldas á los sevillanos cuando en 1044 pretendían apoderarse de los dominios de Jaláf, decidíase ahora veleidosa y complaciente por Al-Motadhid, quien, antes de que sus enemigos hubieran podido sospecharlo, y previniendo el peligro que le amenazaba, determinábase á combatir uno á uno con ellos, para aniquilarlos de esta suerte, é impedir que pudieran reunidos ofrecerle resistencia. Aprovechando la ausencia de Al-Modhaffar, el alma de la liga y el más encarnizado de sus adversarios,—enviaba, probablemente en 1048, poderoso ejército Al-Motadhid, que invadiendo de rebato el territorio de Badajoz, causaba en él terrible estrago. Todo, menos aquel golpe de audacia, podía esperarlo Al-Modhaffar del

régulo de Sevilla; y no temiendo que se arriesgase á tanto, no había cuidado de defender convenientemente sus dominios, razón por la cual no fué difícil para los sevillanos trastornar y sorprender aquellas comarcas de la Extremadura, entregándose en ellas al saqueo y al pillaje, talando campos y destruyendo por el fuego, seguramente, aldeas y alquerías, para dejar en pos de sí el país arruinado.

Cuando Al-Modhaffar, no menos sorprendido que sus vasallos, se apresuraba á volver á Badajoz,—poniéndose el de Sevilla contra su costumbre al frente del ejército, había ya penetrado en el territorio de Niebla por el feracísimo Axarafe; sediento de venganza, Abú-Bequer volaba desalado con sus tropas en auxilio de Jaláf á la noticia de la nueva expedición de su enemigo, y habiéndose incorporado á las huestes que ya tenía Jaláf apercebidas, preparábase á marchar en busca de Al-Motadhid, en la ocasión en que éste, cruzando el puente romano sobre el *Urium*, se aproximaba denodado á la capital de aquel pequeño reino, que había sido siempre dependiente como provincia de la metrópoli sevillana. Quizás cercada de fortísimas murallas, cual hubo de continuar todavía en el siglo XII, Niebla esperaba impasible y serena la acometida de Al-Motadhid, dispuesto á rechazarla. Llenos de coraje y de indignación, recordando la pasada campaña de 1044, coronaban sus habitantes el adarve apercebidos á la lucha, y dispuestos á perecer antes de ver en manos de su odiado enemigo la hermosa ciudad del Tinto, mezclados y confundidos en un mismo deseo árabes y muladíes, bereberes y muzárabes, cuyas diferencias desaparecían en aquellos supremos instantes. Despoblado estaba el arrabal, cuyos moradores, buscando amparo detrás de los fuertes propugnáculos de la villa, habían hasta allí afanosamente conducido sus hijos, sus mujeres y sus bienes, y mortal silencio reinaba en aquel tendido valle, sobre el cual como atalaya se levanta la población en la cima de la eminencia, á que preceden como vestíbulo, á la derecha del *Azige* ó *Aceche*, según al

Urium llamaron los musulimes, revueltas masas de incommovibles rocas.

Allí, en aquella especie de desfiladero que desemboca en el puente, y que torciendo á la izquierda conduce directamente á Niebla, allí con asordante estrépito que hizo retemblar el espacio, halláronse al fin Al-Modhaffar y el Abbadita, sin espacio apenas para contener los combatientes. Reñida fué la lid, como enconado el encuentro por ambas partes; los bereberes de Badajoz y los árabes de Niebla, pelearon durante largo tiempo con los sevillanos; pero al fin éstos, proclamándose vencedores, conseguían arrojar á sus enemigos por la izquierda en el cauce del Tinto, y llegaban hasta el ancho foso que rodeaba por aquel lado la población, preparándose animosos para combatir su fortaleza. Entre tanto; Al Modhaffar, ardiendo en cólera y vergüenza por el desastre inesperado, rehacía sus gentes, y volviendo en buen orden con ellas sobre su adversario, con tal ímpetu le acometía, que, como en 1044, lograba desbaratar ahora los escuadrones de Sevilla, forzando á Al-Motadhid á la retirada, y persiguiéndole quizá por largo trecho á través del Senéd, donde le abandonaba, sediento de mayor venganza todavía.

Obtenido aquel triunfo, por medio del cual acreditaba que no le imponía el poder de su contrario,—sin dejarle tiempo para reponerse, el rey de Badajoz se incorporaba con sus otros aliados, bereberes, como él, y penetraba, talándolo y saqueándolo sin piedad, por el distrito de Sevilla, en ocasión en la que, con su perfidia acostumbrada, é invocando sin duda los vínculos de raza que unían á los sevillanos y á los de Niebla, árabes, y árabes yemeníes los unos con los otros en su mayoría,—Al-Motadhid con falsas protestas de amistad, lograba que el desvanecido Fath-ibn-Jaláf-ibn-Yahya se separase del partido de Al-Modhaffar y de los berberiscos, celebrando un tratado en cambio de alianza con el sevillano. Conociendo su propia debilidad, el régulo de Niebla, desde los comienzos de la campaña,

había confiado á su auxiliar el de Badajoz, á quien debía ciertamente la conservación de sus estados, la guarda y custodia de sus propios tesoros, con el temor de que éstos cayesen en poder del Abbadita; y en presencia de aquella ingratitud sin nombre, hija de la misma insignificancia de Niebla como reino, y de la incertidumbre de los tiempos, Al-Modhaffar con justo enojo no sólo se apropiaba las riquezas de que era depositario, sino que, considerándole como á enemigo, según en realidad lo era, invadía los dominios de su antiguo aliado, y aquellos que le habían visto esgrimir el acero denodado en su defensa contra Al-Motadhid, veíanle ahora aparecer terrible, condenando las fértiles campiñas de Niebla á la misma suerte á que había condenado las de Sevilla poco antes.

En semejante apuro, é incapaz de defenderse por sí propio, no tuvo más remedio Ibn-Jaláf que recurrir al sevillano, quien, como aquel que procura por su propia causa, pues no había desistido de sus propósitos,—enviaba sin pérdida de momento en socorro de Niebla fuerte ejército, que atacando con encarnizamiento á las tropas extremeñas, y atrayéndolas diestramente á una emboscada, las hizo experimentar grave derrota. Después, persiguiendo á los fugitivos, el príncipe Ismail, que mandaba los sevillanos, penetraba en los dominios de Al-Modhaffar; y recorriendo los alrededores de Évora, los estragaba y destruía implacable y con la celeridad del rayo, como destruía y estragaba el país en su camino, regresando á Sevilla satisfecho con el resultado de aquella próspera campaña. La guerra sin embargo, no había concluído: guerra de raza, debía terminar con el aniquilamiento y el exterminio de los unos ó de los otros, y después de reiterados combates, en uno de los cuales hallaba la muerte el hijo del régulo de Carmona, que había entrado como bereber en la liga formada por Abú-Béquer,—conseguía al fin el presidente de la república de Córdoba Abú-I-Gualid Mohámmad-ibn-Chahuár, llegasen no sin graves dificultades árabes y berberiscos á reconciliarse, según lo efectuaban

en Julio de 1051, fecha en que, por su mediación amistosa, aquellos dos enemigos, al parecer irreconciliables, Al-Modhaffar de Badajoz y Al-Motadhid de Sevilla, celebraban un tratado de paz y de concordia, después de largas y reiteradas negociaciones.

Oportuno, con verdad, era el momento, y á la sagacidad de Al-Motadhid no pudo en manera alguna ocultarse: reñido con su antiguo y poderoso auxiliar Abú-Béquer, Ibn-Jaláf carecía ya de medios para defenderse contra el sevillano; y aislado en medio de su torpe confianza, no sospechó siquiera que, al separarle de Al-Modhaffar, el hijo de Abú-l-Cásim había dictado ya sin apelación su sentencia. Sin que nadie pudiera favorecerle, ni nadie tampoco se moviese á ello, veía en aquel mismo año de 1051 aparecer los escuadrones sevillanos reunidos en fuerte número, é invadiendo los dominios de Niebla, aproximarse á la capital con intento bien declarado de apoderarse de ella. Convencido de su impotencia, y sin alientos ni recursos para combatir, Ibn-Jaláf ni aun intentó defenderse; y abriendo las puertas de la populosa Niebla á las gentes de Al-Motadhid, para quienes fué aquella expedición verdadero paseo militar,—hacíales entrega de ella, tomando él en seguida el camino de Córdoba, con la intención de pasar en la antigua corte de los Califas el resto de su existencia. Para seguridad de su persona, y con irónica cortesía, Al-Motadhid, que á tan poca costa había conseguido lo que ambicionaba, le hacía seguir por uno de sus escuadrones, el cual le fué escoltando hasta dejarle en el punto que deseaba, y donde la memoria del último de los reyes de Niebla, hubo de perderse para siempre.

No de otra suerte, con efecto, y cual si estuviera predestinado á no gozar jamás de independencia, volvía otra vez, como lo estuvo constantemente aquel feraz territorio, á ser incorporado á su verdadera y única metrópoli, con quien le unían la tradición y la historia, y no de otra manera ni por otro camino dilatada Al-Motadhid las fronteras occidentales de su poderoso

reino, viendo por aquel lado realizadas sus aspiraciones y las de su inspirador y padre, el no menos ambicioso Abú-l-Cásim, fundador de la dinastía. El natural movimiento de reacción y de concentración, que sucede al de expansión peligrosa, con tan notorias ventajas diestramente aprovechado por los cristianos, iba poco á poco agrupando las antiguas unidades, para llegar, como fin, al de la reconstitución total de la unidad superior de un solo y único imperio, el de los árabes, fuerte, poderoso y capaz por tanto de luchar y de destruir aquellas monarquías del norte, que amenazaban seriamente ya por su importancia cada día creciente, la seguridad de la España muslime. Pero por desventura para ésta, sobre el espíritu de raza, jamás dormido, estaba el inconsciente y perpetuo anhelo de mortal independencia, que impidiendo y dificultando sin tregua y en todas ocasiones la realización fundamental de la unidad soñada por Ebn-Moâwia en 756, debía condenar á eterna zozobra aquellas ricas y fértiles comarcas de la Península, donde aún imperaba el islamismo.

Mientras que tales acontecimientos ocurrían del lado acá del pobre arroyo del Candón, que dividía los términos de la antigua *Illípula* y de Huelva,—en toda aquella parte que se dilata hasta las márgenes del caudaloso Guadiana en Ayamonte, y sube por la septentrional confundida en línea indeterminable con el reino de Niebla, ya extinguido, y el de Badajoz, gobernado por los Aftasidas,—era tranquila y sosegadamente reconocida la autoridad de los Becrías, soberanos señores de la fenicia *Onuba*, que habían poco después del año 1011 proclamado sin contradicción de nadie la independencia de aquel distrito tartesiano, y que habían tratado de engrandecer el *parvum oppidum* latino, al mismo tiempo que las principales poblaciones de sus dominios limitados. Puerto concurrido por las embarcaciones africanas con las que mantenían frecuente comercio, y á donde llegaban también las naves de Algeciras y de Málaga, no menos que las de Sevilla, seguramente,—Huelva aparecía, en su pequeñez,

sólidamente fortificada sobre uno de los más altos cabezos que suceden á las marismas, donde se agrupaba vistosa la población, encaramada por las vertientes del cabezo, y rodeada de una parte por frondosísima huerta, mientras que de otra se dilataban con sus aguas, allí hasta la marea detenidas, los famosos esteros que la dieron apellido en las edades remotas, y en donde la industria naviera tenía establecido fructuoso arsenal y laboriosos astilleros.

Defendida por la *rábitha* en el extremo del canal de Palos, y por la famosa isla de Saltés, convertida en ciudad floreciente,—no podía abrigar Huelva temor alguno respecto de su seguridad por la parte del mediodía, como tampoco por la occidental, donde el Guadiana, anchuroso é imponente, cual natural barrera y límite, separaba en su curso este pequeño reino, de los establecidos en el Algarbe. El interés de los Beni-Yahya de Niebla, había hasta 1051 sido muy suficiente para garantir la independencia del estado de los Becrís; y aunque esto no fué verdadero inconveniente para que Abú-l Cásim se apoderase de Beja en la orilla derecha del Guadiana, y su hijo Al-Motadhid efectuase lo propio con Mértola en 1044,—nada, sin embargo, había hecho recelar á los soberanos de la *Onuba Aestuaria*, que llegaría el fatal momento en que por la ley de la atracción irresistible, debían sufrir igual suerte que la que el destino, al servicio de la ambición de los Abbadíes, reservaba como precursores á los Beni-Yahya, con la extinción de su fugaz monarquía y la anexión de sus dominios á los del reino sevillano.

Rey era á la sazón en Huelva, y como tal se hallaba rodeado de todos los esplendores propios de aquel período de disolución y de manifiesta decadencia, Abd-ul-Aziz Abú-l-Mossáb, heredero y sucesor de Mohámmad-ibn-Ayub, á quien debía poco después del año 1011 su independencia este occidental estado; y bien que se ofrezca de todo punto cual imposible la pretensión siquiera de trazar hoy, á través de los tiempos, y de las localidades que figuran en la actual provincia, la línea exacta di-

visoría entre este reino y los de Badajoz y Niebla por norte y por levante,—sobre ser de presumir, según quedó insinuado, que fuese el Guadiana el límite natural por ocaso, debían corresponder desde el Candón por oriente al dominio de los Becrís en aquella época, y fuera de Moguer con parte de su jurisdicción, no pocos pueblos de la banda izquierda del Odiel, río que seguiría aguas arriba separando, hasta punto verdaderamente no fijable, los estados de los Beni-Yahya de aquellos propios de los señores de Huelva; por occidente, todo el distrito de Ayamonte, con el de Huelva, y porciones de los de Aracena y Valverde del Camino, y tal vez por el norte cerrase el reino de Abd-ul-Aziz, confinando con el de Al-Modhaffar, la sierra en que se halla la vetusta Aroche.

No era, pues, para inspirar temores aquel pequeño territorio, que con el de Niebla, se había desprendido de Sevilla, á cuya autoridad superior aparecía como subordinado en tiempos anteriores, y ni Mohámmad-ibn-Ayub, apellidado Abú-Zaide, ni Abd-ul-Aziz tampoco, abrigaron por su parte sospecha alguna por lo que hace á su independencia, en momentos sobre todo de trastorno, como aquellos en los cuales cada uno de los gobernadores de las antiguas provincias, se había erigido en ellas sin protesta de nadie por lo común, en reyezuelo y soberano. De esta manera, y medrando en el general desconcierto, habían podido los Becrís consagrarse al engrandecimiento de las principales poblaciones de su reino; y no por otro camino, repuestas aquellas comarcas de las depredaciones de que habían sido víctimas por parte de los normandos en el siglo ix de nuestra era, florecían bajo el gobierno paternal de sus propios príncipes, cuando, al desenvolver su política ambiciosa Al-Motadhid de Sevilla, no sólo declaraba guerra sin tregua á los régulos bereberes, sus vecinos, sino que extendiendo además las fronteras de su reino por occidente, se apoderaba de Mértola, y lograba al fin, por medio de la perfidia, arma para él predilecta, despojar alevemente y sin riesgo, de todos sus estados al mal aconsejado Ibn-

Jaláf, incorporando definitivamente á Sevilla todo el distrito de Niebla en la forma que queda consignada.

Desde que en 1044 había Abd-ul-Aziz presenciado, con la impasibilidad forzada de su impotencia, la inopinada é injusta agresión del sevillano respecto de Fath,—ni fué ni pudo ser para él un misterio el propósito que animaba á Al-Motadhid con relación á Huelva; y persuadido de la esterilidad de sus esfuerzos para resistir á contrario tan poderoso, seguía con verdadera ansiedad y legítimo sobresalto las fases de aquella lucha, de cuyo resultado dependía su suerte. Por esta causa, pues, y comprendiendo al ver destruído el reino de Niebla en 1051, que era llegada ya su hora, anticipábase á los deseos del Abbadita, y con la esperanza de lograr algún beneficio ó de salvar alguna cosa del naufragio, como escribe el historiador de los musulmanes españoles, dirigíale sin pérdida de tiempo muy expresiva carta, felicitándole en ella servilmente por la nueva conquista realizada, recordándole las amistosas relaciones que habían existido siempre entre los Becrís y la familia de Al-Motadhid, y declarándose por último su vasallo, con lo que le ofrecía espontáneamente la ciudad y el reino de Huelva, á condición sólo de que le reservara el señorío de la pequeña isla de Saltés, á donde pensaba retirarse, si su ofrecimiento era aceptado.

Nada podía ser más grato, con efecto, para el hijo de Abú-l-Cásim, que la misiva del régulo de Huelva: merced á ella, y sin necesidad de esfuerzo por su parte, aquella occidental comarca de la Bética, tan fecunda como privilegiada, venía á ensanchar sus dominios sin dispendios y sin lucha. Y apresurándose á aceptar por consiguiente la propuesta de Abd-ul-Aziz, mientras fingía el deseo de celebrar cordial entrevista con él, tomaba Al-Motadhid el camino de Huelva, donde, conocedor de su carácter pérfido, no juzgaba el destronado príncipe prudente el aguardarle, por lo que, reuniendo sus tesoros, y llevando consigo sus embarcaciones y cuanto pudo, sin esperar el honor de la entrevista, se trasladaba á Saltés, punto en el cual se estimaba segu-

ro, por no ser el sevillano tan poderoso en el mar como en la tierra. Por gobernador de aquella nueva provincia dejaba Al-Motadhid á uno de sus capitanes, después de haber tomado posesión de Huelva, cuyos habitantes no podían menos de agradecer á Abú-l-Mossáb que, con su sumisión, les hubiese libertado de los horrores de la guerra; y como la precipitación con que aquél había declinado la honra de avistarse con él, hiciera concebir ciertos recelos al Abbadita, ordenaba al gobernador que vigilase activamente al príncipe, impidiendo no sólo que él en persona abandonase la isla, sino que nadie se acercase á ella.

Semejante situación, que era en realidad formal bloqueo, no podía ser en manera alguna grata para Abd-ul-Aziz, quien, entrando en negociaciones con el gobernador, decidíase á ponerla término, vendiendo á Al-Motadhid los navíos y los pertrechos y municiones de guerra que poseía, y obteniendo el permiso para ir á Córdoba, lugar de asilo para los príncipes destronados, donde se encontraban ya Fath-ibn-Jaláf, y donde al amparo de Abú-l-Gualid Mohámmad-ibn-Chahuár, esperaba gozar de sus riquezas el Becrita. Cruzando aquellas tierras, que habían sido suyas, y seguido por sus más devotos servidores, Abd-ul-Aziz tomaba el camino de la que fué un tiempo capital y centro del imperio musulme; «durante su viaje quiso el pérfido Al-Motadhid atraerle á una emboscada para apoderarse de sus riquezas; pero Abd-ul-Aziz, penetrando sagaz las intenciones del príncipe de Sevilla, gracias á la escolta que hubo de solicitar del régulo bereber de Carmona, pudo llegar sin contratiempo á Córdoba», salvando sus tesoros (1).

Unos en pos de otros, y entregados en medio de su aislamiento á su propia debilidad,—los Beni Mozain de Silves, Mohámmad-ibn-Abú-Otsmin Saíd de Santa María de Algarbe, en la parte occidental de la Península; los Beni-Abi-Corra de Ronda, cual Mohámmad Abú-Menad-ibn-Nuh de Morón y como Ibn-Jaz-

(1) Dozy, *Hist. des musulm.*, t. IV, pág. 84.

rón de Arcos, desde 1051 á 1053, todos los pequeños régulos de los alrededores de Sevilla, excepto los de Carmona, que hubieron de sucumbir no largos años después, todos, ante los ambiciosos proyectos de Al-Motadhid sufrieron suerte igual á la que habían experimentado en el espacio de pocos meses, Fath-ibn-Jaláf de Niebla y Abd-ul-Aziz Abú-l-Mossáb de Huelva, siendo artera y violentamente desposeídos de sus estados, y viendo cómo eran éstos sin protesta de nadie incorporados á los que formaban y constituían á la sazón el poderoso reino de los Abbadíes. Anexionadas á él, una fué desde entonces y común la fortuna para Niebla y Huelva, que hubieron de seguir encadenadas las vicisitudes mismas de la metrópoli; y el afrentoso yugo de la servidumbre volvió á pesar cual condición nativa é ineludible sobre aquellas dos regiones gemelas de la antigua Turdetania, que habían por breve tiempo disfrutado de pasajera autonomía, y que debían continuar en adelante sometidas á la opulenta ciudad del Guadalquivir, como si careciesen de alientos y de recursos propios para vivir por sí, y todo hubieran de esperarlo de la orgullosa corte de los Abbaditas.

Sujetas con el mismo lazo, desvanecida la personalidad de que habían hecho efímero alarde con los Beni-Yahya y los Berries respectivamente, permanecían Niebla y Huelva con todos sus dominios,—cuando en 1069 y por fallecimiento del despótico Al-Motadhid, causa y origen de su nuevo cautiverio, le sucedía en el trono aquel príncipe, su hijo, Abú-l-Cásim Mohámmad, apellidado *Al-Môtamid*, simpático, valeroso, sentido y caballeresco, cuya fama y cuyo nombre serán siempre recordados con placer en las esferas de la galantería y de la literatura simultáneamente, y á quien el destino, guiado por el propio desvanecimiento, condenaba á expiar por cruel modo todos los crímenes de sus progenitores y antepasados. Jamás la cultura islamita, ni aun en los días más esplendorosos del Califato cordobés, aquellos en los cuales Abd-er-Rahmán III, Al-Hakém II, su hijo, y el prepotente caudillo Al-Manzor, poblaban de verdaderas

maravillas artísticas los dominios de los Omeyyas en España, jamás llegó, ni aun quizás en los días de los Al-Ahmares, á grado tal, como entonces, de exaltación y de engrandecimiento, bajo el cual se ocultaba sin embargo, repugnante y corrompido, el cadáver aterrador del poderío musulime. Jamás hicieron gala de mayor ostentación los Meruanes, ni de las manos de los artifices salieron más perfectas obras, como de los labios de los poetas,—á cuya cabeza con el famoso Aben-Ammar figuraba el príncipe,—brotaron jamás conceptos más sutiles ni poesías más gallardas, reflejándose á no dudar tanta grandeza en todas y cada una de las provincias de aquel reino, como hubieron de reflejarse á la par en Niebla y en la antigua *Onuba*,—por más que nada en ellas subsista ya de tales días,—á la manera que el sol se mira y se refleja en los cristales.

Emporio de las ciencias, de las artes, de la industria y de las letras; mágica deidad de los encantos y de las delicias, era entonces Sevilla, la corte fastuosa de Al-Môtamid, cuyas manos pródigas derramaban por todas partes beneficios, como su corazón generoso los dispensaba sin medida; pero para desgracia de aquel príncipe, de tan alta representación en la historia de los musulmanes españoles, semejante cuadro de prosperidad risueña y embriagadora, tenía fatalmente sombrío reverso preñado de amenazas. Con no menor cautela que Al-Motadhid, con más perseverancia que éste y peleando en nombre de la religión y de la patria, Alfonso VI, el rey de León y de Castilla, avanzaba sin detenerse, y rescataba con poderoso brazo una por una las comarcas más próximas á sus dominios, sorprendiendo en medio de sus glorias al régulo de Sevilla y obligándole á rendirse cual vasallo y tributario suyo. Aquella pléyada ilustre de poetas que giraban como menores astros en torno de Al-Môtamid, que era su centro, sintiéronse impotentes para la lucha; y en tamaño conflicto, volvían los ojos, como á madre común, al Africa, donde brillaba fulgurante la estrella de aquel rudo guerrero almoravide, Yusuf-ben-Taxufin, implorando su protección y poderoso auxilio.